



MARIA TERESA
GIAVERI

LADY MONTAGU Y EL DRAGOMÁN

UNA MUJER ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE
Y LOS ORÍGENES DE LAS VACUNAS

CRÍTICA

Maria Teresa Giaveri

LADY MONTAGU Y EL DRAGOMÁN

Una mujer entre Oriente y Occidente
y los orígenes de las vacunas

Traducción castellana de
Lara Cortés

ARES y MARES

Primera edición: octubre de 2021

Lady Montagu y el dragomán. Una mujer entre Oriente y Occidente y los orígenes de las vacunas
Maria Teresa Giaveri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Titulo original: *Lady Montagu e il Dragomanno. Viaggio avventuroso all'origine dei vaccini*

© Neri Pozza Editore, Vicenza, 2021
Publicado por acuerdo especial con MalaTesta Lit. Ag. y The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com

© de la traducción, Lara Cortés, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-351-3
Depósito legal: B. 12.446-2021
2021. Impreso y encuadernado en España por Industrias Gráficas Huertas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE LOS TULIPANES

*[...] a buen seguro nada puede ser más agradable que viajar por Holanda.**

MARY WORTLEY MONTAGU
(La Haya, 5 de agosto de 1716)

Aquella pareja que llegó a Róterdam el 1 de agosto de 1716 con un cortejo de carruajes alquilados en los que había suficiente espacio para equipaje, criados, un médico, un capellán y una niñera afanada en distraer a un pequeño de tres años, no era en absoluto corriente.

Y no lo era porque, a pesar de las costumbres impuestas por el uso y por su clase, aquellos dos jóvenes se habían casado por amor, y para ello incluso habían recurrido a un «secuestro pactado» de la novia. No es que el enlace entre Mary Pierrepoint, hija del conde de Kingston, y Edward Wortley Montagu, nieto del primer conde de Sandwich, fuese indecoroso por alguna diferencia de estamento, religión u

* Para las cartas fechadas entre 1716 y 1718, que Mary Wortley Montagu envió en su viaje hacia y desde Constantinopla y durante su estancia en esta ciudad, seguiremos la traducción de C. Filipetto, *Cartas desde Estambul*, V. Palleja (ed.), La Línea del Horizonte Ediciones, Madrid, 2017. (N. de la t.)

orientación política entre ellos, pero el sistema de negociaciones económicas en el que se basaban las elecciones matrimoniales de sus familias había acabado por irritar al puntilloso jovencito y por hastiar a la audaz muchacha. Al final, tras una discusión epistolar y una reconciliación, ambos se unieron en una «boda privada», que se celebró a pesar de diversas crisis y retrasos (la futura esposa prácticamente tuvo que secuestrarse a sí misma porque, a causa de una serie de malentendidos, el futuro marido no lograba encontrar el lugar en el que se habían citado). Desde aquel complicado agosto nupcial de 1712 habían transcurrido ya cuatro años. En ese tiempo, Edward Wortley, de treinta y ocho años, miembro activo del Parlamento inglés, había conseguido —en parte gracias a la habilidad de su mujer— que lo nombrasen embajador en Turquía. Por su parte, Mary, de veintisiete años, intelectual admirada en los círculos londinenses, había ganado fama en los ambientes literarios, pero también había visto cómo la viruela le arrebató su belleza.

Los dos habían soñado siempre con viajar. En realidad, aprovechando los privilegios que le daba su condición de hombre y aristócrata, Edward Wortley ya había realizado su Grand Tour por Europa tras finalizar sus estudios en Cambridge. Mary, en cambio, nunca había salido de Inglaterra, pero, cuando ella y el joven Wortley se escribían en secreto, confesó que le encantaba la idea de un futuro juntos, tal vez en Italia, bajo el sol de Nápoles. Para una pareja fugada y a la que cabía suponer que le estaría vedado el acceso a los bienes de la familia, seguramente la vida en aquella península sería más barata, como insistían en muchas de sus cartas. Además, en aquel rincón privilegiado del Mediterráneo la naturaleza debía de asemejarse al «Paraíso antes de la creación del hombre». Pero el matrimonio no acabó suscitando un escándalo tan grande como para obligarlos a expatriarse. Además, entretanto, el joven parlamentario había intensificado en tal medida su actividad política que sus ausencias eran cada vez más numerosas, y durante ellas su mujer se que-

daba sola. El nombramiento como embajador les venía bien a ambos: a él, por sus aspiraciones profesionales; a ella, por sus deseos de viajar por todo el mundo. («Si *podiese* seguir mi inclinación —le había escrito a Edward en los primeros años de aquella amistad que acabó convirtiéndose en un cortejo—, viajaría: ese es mi primer y más querido deseo.»)^{1*}

La ciudad en la que estaban adentrándose —después de un tempestuoso viaje por mar— les fascinó. En Róterdam «todas las calles están pavimentadas con adoquines anchos, ante las puertas de los artifices más miserables hay asientos de mármol de variados colores y [...] tan pulcramente mantenidos que ayer anduve de incógnito por casi toda la ciudad con mis zapatos, sin que se les pegara ni una mota de polvo —escribió Mary a su hermana un día después de su llegada—, y además ves a las criadas holandesas fregar el suelo de la calle con más solicitud que la que ponen las de casa en arreglar nuestros aposentos».² Era la Holanda que ya habían pintado Johannes Vermeer y Pieter de Hooch: calles immaculadas bajo una luz nítida y comedida, aceras con losas formando cuadros, la cal clara del enlucido que se alterna con el rojo de los ladrillos, ventanas con vidrieras emplomadas, a veces abiertas hacia la armonía impecable y umbría de los interiores. Y los habitantes: grupos de hombres tan atareados que cada día se podía pensar que se estaba celebrando alguna feria; «tiendas y [...] almacenes [...] de una magnificencia y una pulcritud sorprendentes, llenos de una increíble cantidad de fina mercancía»;

1. Para todas las citas extraídas de las cartas de Mary Wortley Montagu, véase *The complete letters of Lady Mary Wortley Montagu*, R. Halsband (ed.), Clarendon Press, Oxford, 1965-1967, vols. I, II y III (en adelante, «C. L.». Aquí, C. L., vol. I, p. 61 (26 de octubre de 1710).

* En este caso, la traducción es propia, porque la carta no se incluye entre las traducidas en *Cartas desde Estambul*, *op. cit.* (N. de la t.)

2. También las citas que figuran más adelante: C. L., vol. I, p. 249 (3 de agosto de 1716).

mujeres afanadas en limpiar un patio o en atender en una tienda, pero que son «más limpias que la mayoría de nuestras damas». En definitiva, a diferencia de Londres, «no ves aquí ni suciedad ni mendigos».

La Holanda de principios del siglo XVIII era un mundo de comercio y riqueza. De hecho, el comercio conectaba a este pequeño país con hambre de tierra sobre el mar con casi todos los países de casi todos los mares (hasta el impenetrable Japón se abría a las naves holandesas, pero solo a ellas). La riqueza resplandecía en las maderas nobles de los muebles, engalanaba los barcos que, a través de los amplios canales, llegaban «casi hasta la puerta de las casas» y se multiplicaba en el dinamismo sin escrúpulos de las inversiones, que abarcaban desde el sangriento monopolio de la nuez moscada hasta la temeraria especulación en torno a los bulbos de tulipán, que había dejado una traumática huella en el siglo XVII. Después de dos generaciones, aún se hablaba con desaprobación calvinista de la burbuja especulativa que había generado la demanda de bulbos de tulipán, aquella exótica flor convertida en símbolo de buen gusto y prosperidad. La imprevisibilidad del resultado que se obtendría en el momento de la floración y las cifras astronómicas que habían alcanzado los precios de los bulbos (especialmente en el caso de aquellos que tenían más posibilidades de transformarse en flores multicolor) habían construido —y sobre todo destruido— fortunas enteras. Cuando las familias acomodadas llegaron a la conclusión de que era más económico encargar a algún pintor de renombre un cuadro de tulipanes que comprar un ramo, la burbuja especulativa acabó estallando dolorosamente. En el nuevo siglo, sin embargo, el país seguía siendo el mayor productor europeo de aquellas hermosas flores, siempre ligadas a Turquía, desde la que importaba y hacia la que exportaba especies de gran valor.

Como un augurio de la Era de los Tulipanes que les esperaba en su futuro lugar de residencia, los esposos Wortley, que viajaron de Róterdam a La Haya y a Nimega, se sintieron fascinados ante aquel

país que parecía «un inmenso jardín»,³ antes de continuar su viaje hacia Viena. El trayecto de Inglaterra a Turquía por tierra —más extenuante y peligroso— era para el nuevo embajador una opción obligada, en vista de que llevaba consigo una carta para el archiduque Carlos de Austria y de que se le había encomendado una tarea diplomática: promover un tratado de paz entre Austria y Turquía. Mientras el puntilloso Edward reflexionaba acerca de las cuestiones políticas que iba a tener que afrontar, Mary, a la que en sus cartas de enamorado celoso él había tildado a menudo de frívola, ponía cuidado en no revelar ninguna información delicada en las misivas en las que, en cada escala de su viaje, plasmaba sus agudas observaciones para enviárselas después a sus familiares y amigos ingleses.

La elegante reserva que encontraremos en esas cartas no solo se explica por su inteligente respaldo al cargo oficial de su marido: la propia naturaleza de la correspondencia de viajes, que a menudo se compartía con deleite en cuanto llegaba a la patria, sugería la conveniencia de narrar o disimular, según los casos. En el fondo, las cartas que nos acompañarán a lo largo del itinerario de Mary Montagu no difieren de las prendas que vistió durante aquel viaje: un corte excelente, unas rígidas estructuras (corpiño, enaguas) que dan lugar a una forma convencional, unos pudores sociales que en ocasiones, sin embargo, se desobedecen repentinamente. Como bien sabrán los lectores familiarizados con los textos del siglo XVIII, bajo la armadura de corsés y combinaciones que transfiguraba a cada mujer, se abría una desnudez a la que, en realidad, no era difícil acceder: aun cuando lo aconsejable cuando se usaba ropa deportiva —que era la que más le gustaba vestir a Mary en los viajes— era emplear calzón, lo cierto es que esta prenda se llevaba abierta a lo largo de toda la entrepierna. Al igual que la caída accidental de una amazona cuya visión rosada deleitó a Voltaire o el gesto audaz que permitió a Casa-

3. *C. L.*, vol. I, p. 250 (5 de agosto de 1716).

nova introducirse furtivamente en la intimidad de una dama que estaba delante de él, inclinada en el alféizar de una ventana para contemplar una ejecución en la plaza, a veces bastaba una impresión inesperada, un contraste demasiado intenso, para poner al desnudo la sensibilidad personal de la observadora.

Así, Mary no pudo evitar escribir: «He cruzado ya buena parte de Alemania. He visto cuanto de extraordinario había que ver en Colonia, [...] [Fráncfort], Wurzburg y este lugar [Núremberg], y resulta imposible dejar de notar la diferencia entre las ciudades libres y aquellas bajo el gobierno de príncipes absolutistas, como son todos los pequeños soberanos de Alemania. En las primeras, se nota la actividad comercial y un aire de abundancia. Las calles están bien hechas y llenas de gente ataviada con sencillez y pulcritud, las tiendas rebosan de mercancías y el pueblo llano es limpio y alegre. En las segundas, se observan galas raídas, cierto número de personas sucias vestidas de oropel, calles horrendas y estrechas sin reparar, habitantes terriblemente delgados y más de la mitad de la plebe pide limosna. Me resulta harto difícil no asociar [...] las primeras a la figura de la bonita y limpia esposa de un ciudadano holandés y [...] las segundas, a la de una pobre cortesana de ciudad, pintarrajeada, ornada con sombrero, zapatos deslustrados con lazos de plata, enaguas raídas y una mezcla miserable de vicio y pobreza».⁴

Desde la ventanilla del carruaje, en las breves escalas que hacían en ciudades desconocidas, Mary observaba con atención los transeúntes, las casas, las tiendas. Es cierto que sus hermosos ojos negros se habían debilitado debido a la enfermedad que había sufrido hacía poco, pero aquellos ojos ya sin pestañas en su rostro marcado por la viruela («*the Wortley eye*», como decía, fascinado pese a todo, Pope) contemplaban los diferentes mundos que tenían ante sí con una perspicacia poco común y una agudeza sin prejuicios.

4. C. L., vol. I, pp. 254-255 (22 de agosto de 1716).

Mary sufría las secuelas de aquella dolencia, que plasmó en versos elegíacos, siguiendo una moda reciente en Inglaterra. Pero haber sobrevivido y no haber contagiado ni a su marido ni a su hijo podía considerarse una suerte. Es verdad que a los esposos jamás se les exigía que asistiesen a las enfermas, como, en cambio, sí solía imponerse a las mujeres, según una costumbre que, con el tiempo, se llegaría a comparar con el ritual del satí en la India. Pero, como recuerdan con razón los historiadores de la medicina, «en la época en la que Luis XV murió de viruela, aquella enfermedad estaba matando a un diez por ciento de la población, lo que la convertía en la principal causa de mortalidad. [Y aun cuando] Luis XV hubiese sobrevivido, de acuerdo con las estadísticas del momento, habría tenido una probabilidad entre seis de quedarse discapacitado de por vida y, en cualquier caso, su rostro sembrado de pústulas confluentes no habría tenido posibilidad alguna de evitar la desgracia de las cicatrices».⁵ Ante aquella lacra —que era endémica, cuando no se descontrolaba hasta dar lugar incluso a terribles epidemias—, los médicos proponían las habituales sangrías y lavativas y se dividían entre los partidarios del método del «calentamiento» (en el que se intentaba expulsar el mal aplicando altas temperaturas, en una habitación muy caliente o un baño con agua casi hirviendo) y los del método del «enfriamiento» (en el que, persiguiendo el mismo objetivo, se exponía al enfermo a corrientes glaciales de aire). Mientras tanto, las diferentes iglesias insistían unánimemente en que la viruela era un castigo de Dios a los seres humanos por los pecados que habían cometido, y los llamaban a rezar.

Mary, curada y con la mente intacta, cubría las marcas de su bello rostro con albayalde (el peligrosísimo cosmético que durante siglos alisaría y corroería el cutis de las damas de la alta sociedad), mientras contemplaba con alivio las suaves mejillas de su marido y su hijo, a

5. P. Darmon, *Vaiolo e mondo nobiliare*, R. d'Agata (trad.), Abramo, Catanzaro, 1991, p. 20.

salvo de la enfermedad que había causado estragos en la familia. Edward Wortley era un hombre de aspecto agradable, culto, ambicioso e inflexiblemente meritocrático. Buena prueba de ello es la discusión que mantuvo con su suegro en torno a los bienes de la dote: este quería reservarlos para el futuro primogénito de la pareja, pero el yerno argumentaba que era imposible saber de antemano si el heredero en cuestión sería merecedor de aquel patrimonio. Al final, Edward contrajo matrimonio con Mary en medio de un sinfín de conflictos y sin dote alguna. El pequeño Edward Wortley, en el que, *a priori*, su padre confiaba tan poco, demostró estar a la altura de aquellas reticencias preventivas: de hecho, en el testamento paterno se le tachó de indigno y apenas se le dejó una pequeña cantidad de dinero, mientras que el resto de la ingente herencia fue a parar a su hermana menor, más apreciada, futuro fruto de la fecunda etapa que esperaba a la pareja en Constantinopla.

Pero de momento solo los dioses que estaban gestando su futuro sabían hasta dónde llegarían la fama de Mary, la capacidad de prosperar y tomar decisiones poco convencionales de Edward padre y la decepción de Edward hijo. El carruaje puso rumbo a Ratisbona, donde una encantadora embarcación «equipada como una vivienda» esperaba al alto caballero inglés, a la menuda dama de cabellos negros y rostro blanquísimo y a su amplio y variopinto cortejo. Deslizándose por las aguas aterciopeladas del Danubio, aquel barco los condujo rápidamente a Viena.